

## La vida en público y la vida en privado

Habréis observado, amables lectoras, qué pocas son las cosas que se improvisan en el mundo; precede a ellas un período de gestación íntimo y reservado para lanzarse luego con aparente espontaneidad, más meritoria cuanto mejor disimulada por la sencillez. A los caballeros no les sale al primer intento el nudo de la corbata; a las damas también se les resiste la gracia de un moño, el gracioso descuido de un rizo o el más nimio detalle para el profano, pero de capital importancia para nosotras.

Refiérese de un admirador de Brummel, que al penetrar en la casa del árbitro de la elegancia inglesa topóse con el criado que en bandeja de plata llevaba una media docena de corbatas arrugadas.

—¿Y eso?—preguntó el visitante.

—Son los fracasos del día—respondió el ayuda de cámara.

La lección que se desprende de la anécdota no debe echarse en olvido. Todas vosotras habréis visto en la encarnación que del personaje inglés hace John Barrymore el ensayo de sus actitudes ante el espejo, la elección de ropas, sus exigencias en punto a corrección en el corte de sus casacas; y

esto en la película es un incidente que no ha sido descuidado, porque al intentar una evocación de la vida del Petronio británico correspondía hacerlo no como una leyenda ni un mito, sino como es en la realidad. No había que hacer creer que todo en él era espontáneo, sino que con inteligencia y voluntad se llega, si no a hacer milagros, a cosa muy parecida.

Si actitudes y ademanes hay que someterlos por anticipado a una disciplina, a una educación, ¿qué no ha de ocurrir con los modales? En otro orden de cosas colaboran el sastre, la modista, el sombrerero, el zapatero y mil más, que cada uno con su aporte, pueden contribuir a modelar el aspecto exterior de la persona. ¿Pero qué decir de nuestra corrección al hablar, del tono de voz, de los ademanes y, sobre todo, de los modales? Esto es personal. Si de unos y otros copiamos o tratamos de imitar cuanto de bueno haya en ellos, nuestro amor propio se niega a confesar el lugar o la persona de la que hacemos acopio de finura y delicadeza.

Esta práctica no debe limitarse a remediar, porque en todo hay que huir de las

imitaciones; debemos aspirar a mejorar cuanto de bueno encontremos en los demás. El maestro Benavente ha dicho: “;Bienaventurados nuestros imitadores, porque... de ellos serán nuestros defectos!”

La frase no es un simple juego de ingenio, no es un acierto literario; encierra una profunda filosofía más trascendental que la *espiritualidad literaria*, concedida por sus enemigos al dramaturgo madrileño.

La práctica de nuestros modales debemos hacerla en casa y en toda ocasión. Con sencillez procuraremos día a día contener nuestros ímpetus, defender nuestro derecho, exponer nuestras opiniones, discutir sin disputar, hablar sin dar voces; ser tolerantes escuchando para exigir correctamente que se nos escuche.

Es creencia vulgar que la corrección es timidez, falta de coraje, apocamiento y pusilanimidad, o, como creía Rousseau, “los buenos modales son el antifaz de nuestras pasiones”, por lo que la corrección, según el filósofo ginebrino, vendría a ser una hipocresía despreciable. El discutido publicista confundía el continente con el contenido. La corrección es la flor del espíritu; podrá ser natural o injertada, pero procede de adentro, y adentro hay que llevarla para que luego florezca.

Recibir en los establecimientos de enseñanza pública lecciones de civismo, educación urbana, preceptos de corrección, comportamiento en público, etc., y llegar a casa para despojarse de todo ello con igual prisa que se saca la niña el guardapolvo al volver de la escuela, es no sentir la necesidad y el bienestar que experimenta la persona bien educada en todos sus actos.

Aprendamos a dominarnos, a disciplinar nuestro carácter, pues si al principio nos atormenta la duda de que no podemos decir lo que se nos antoja, pronto habremos aprendido que correctamente se puede decir todo, todo, y con más positivos resultados. Las más amargas medicinas suelen ir asociadas a un jarabe, y cuando la naturaleza del prabe puede contrarrestar el efecto del remedio, se administra en sellos o en cápsulas, pero pasa. ¡Vaya si pasa!



6. He aquí un lindo grupo de niños que os ofrecen como modelos sus vestiditos, muestras excelente de buen gusto y ele-

gancia. Entre ellos podéis escoger el que mejor siente a la gracia ingenua de vuestra nena o nene.

## ASI LA QUIERO

Ha de ser la mujer que yo prefiera  
sublime musa que mi canto inspire,  
la que sepa mirarme cual la mire,  
la que sepa quererme cual la quiera.

Ha de amoldarse a mí de tal manera,  
que al par que yo respire, ella respire,  
que cuando yo suspire ella suspire  
y si muero de amor que de amor muera.

Que abrace con pasión cuando la abrace,  
que me rechace cuando la rechace,  
que ni me infiera ni la infiera agravio,

que la interese cuanto me interese,  
¡que bese el labio cuando el alma bese,  
y bese el alma cuando bese el labio!

ANTONIO REGLERO SOTO